

Cien años de la Facultad de Teología: la progresiva maduración de un estilo¹

SUMARIO

En su *lectio inauguralis* del año académico de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina, el autor toma la oportunidad de la celebración del Centenario de dicha Facultad y los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, para reflexionar sobre la influencia de este último en el “estilo” de aquélla. Este estilo es, en efecto, fruto de la recepción del Concilio, que ha hecho prevalecer el tema del amor en el pensamiento y la vida cristiana, junto con una visión de la revelación como comunicación de Dios a los hombres en la historia, y una nueva atención a los “signos de los tiempos”, generando así una nueva actitud caracterizada por la apertura y el diálogo. El “estilo integrador” de nuestra Facultad, inspirado en el Concilio y en la figura de Pablo VI, encuentra un renovado impulso en el Papa Francisco, para quien la “auténtica” teología debe ser hecha “de rodillas” y desde el “corazón”, siendo a la vez saber humilde y amor comprometido.

Palabras clave: Estilo, Concilio Vaticano II, amor, corazón, teología

A HUNDRED YEARS OF THE FACULTY OF THEOLOGY: THE PROGRESSIVE MATURING OF A STYLE

ABSTRACT

In his *lectio inauguralis* of the academic year of the Faculty of Theology of the Catholic University of Argentina, the author takes the opportunity of the Celebration of the Centenary of this Faculty and the fifty years of the closure of the II Vatican Council, to reflect on the impact of the latter in the style of the former. This style is, in fact, fruit of the reception of the Council, in which love has prevailed as the center

1. *Lectio inauguralis*, 9 de marzo de 2015.

of Christian life and thinking, together with a vision of revelation as the communication of God to men in history, and a new attention to the “signs of times”, generating a new attitude characterized by openness and dialogue. The “integrative style” of our Faculty, inspired by the Council and the figure of Paul VI, finds a renewed impulse in Pope Francis, for whom “authentic” theology must be done “on one’s knees”, and from the “heart”, being at the same time humble wisdom and committed love.

Key Words: Style, II Vatican Council, Love, Heart, Theology

La celebración de los cien años de la Facultad de Teología constituye un hecho de singular relieve no sólo para nosotros sino también para la Universidad Católica y para la Iglesia argentina y latinoamericana. Al coincidir con los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, dicha celebración dilata nuestro corazón hasta las dimensiones de la Iglesia universal. Un acontecimiento de tal magnitud puede dar lugar a un sinfín de sentimientos, reflexiones e interpretaciones. Seguramente cada uno de nosotros, reunidos hoy aquí para iniciar el Año Académico 2015, posee una manera propia de sentir y de vivir este centenario. Mi palabra será, necesariamente, limitada. Pero confío en que los años –ya lejanos– en que asistí a la Facultad como alumno, sumados a los ya más de veinte como profesor, incluidos los cuatro años como decano, transcurridos en la convivencia fraterna con colegas, alumnos y administrativos, en el diálogo y la conversación académica, como también en la laboriosa cotidianeidad de la gestión, me habiliten a proponer algunas ideas que posean la suficiente amplitud como para expresar un sentimiento común acerca de nuestra querida Facultad.

Hace una década, cuando celebramos los noventa años, el padre Carlos Galli, entonces decano, nos ofreció una reflexión muy rica y completa acerca de esta casa de estudios “*en tres niveles –histórico, teológico y pedagógico–*” como él mismo aclara.² Le comenté a Carlos que ese discurso ejemplar debía ser conocido hoy nuevamente, y le propuse entregar una copia del mismo a cada asistente a este acto académico inaugural. A partir de ese texto, quiero dedicar esta *lectio* a la conmemoración de los cien años a través de lo sugerido en el título de

2. C. GALLI, “Nuestra Facultad de Teología en perspectiva histórica hacia su centenario, Discurso de Apertura del Año Académico 2005”, *Teología* 88 (2005) 667-698.

esta reflexión: *la progresiva maduración de un estilo*. Resulta significativo que, en los inicios del milenio, monseñor Ricardo Ferrara, en su último discurso como decano, se haya referido, hablando de la Facultad, al “*estilo integrador* de nuestra tradición (...) un estilo que buscó aunar lo científico y lo pastoral, lo clásico y lo moderno, lo plural y particular de nuestra docencia en lo unitario y universal del magisterio eclesial”.³ La categoría “estilo”, como sabemos, se ha impuesto hoy, gracias a varios autores, como una clave para interpretar el Concilio Vaticano II. Con ella se designan rasgos esenciales del mismo, a saber, una actitud, una sensibilidad, un modo de pensar y proponer la fe con relación al mundo contemporáneo, a su cultura; actitud, sensibilidad y pensamiento que se expresan en un lenguaje novedoso, fraterno, poético, amistoso y en una esperanzada acción pastoral caracterizada por la misericordia y el diálogo con la cultura; un “aggiornamento” de la Iglesia, que se redescubre a sí misma desde el designio divino salvífico y universal. Son rasgos que se reflejan intensamente también en nuestra Facultad, confiriéndole su estilo. Mi reflexión transitará por cuatro momentos:

- 1- Recordar algunos puntos del discurso de Carlos Galli.
- 2- Subrayar la importancia del Concilio Vaticano II y del estilo de Pablo VI en la actual configuración espiritual e intelectual de nuestra Facultad.
- 3- Considerar el presente a través de las indicaciones de Francisco acerca de la teología.
- 4- Compartir una reflexión personal acerca del centenario de nuestra Facultad.

1. Los noventa años de la Facultad

Mi evocación del texto de Carlos Galli debería, idealmente, ser precedida por alguna referencia al estudio de monseñor Guillermo Durán intitulado: “*Orígenes de la Facultad de Teología. Contexto histórico y Breve fundacional*”, que forma parte del libro que publicaremos este año con la historia de la Facultad de Teología. No me es posi-

3. R. FERRARA, “Nuestra Facultad en la coyuntura y en su tradición”, *Teología* 79 (2002) 172.

ble hacerlo acá. En cuanto al texto de Galli, me limito a poner de relieve tres aspectos que, a mi juicio, ayudan a entender los fundamentos que caracterizan el estilo de nuestra Facultad.

a- Después de referirse al nacimiento y desarrollo de las Universidades en Europa, a partir de la alta Edad Media, y en América latina, y de señalar la progresiva desaparición de las facultades de teología de los ámbitos universitarios públicos, Galli señala acertadamente que “ese proceso llevó a que el estudio de la teología se redujera al ámbito de la formación sacerdotal en los seminarios mayores tridentinos. Esto afectó el desarrollo de una *teología más científica*, que perdió relevancia en la sociedad y quedó debilitada en su diálogo con la cultura.” Esta situación de penuria para la teología fue asumida y corregida, en nuestro país, a través de dos pasos decisivos.

El primero consistió en la erección de la Facultad de Teología. Ya iniciado el siglo XX, “por pedido de los obispos argentinos, el 23 de diciembre de 1915, el Papa Benedicto XV erigió la Facultad de Teología junto con una Facultad de Filosofía en el Seminario Mayor de Buenos Aires.” Durante los primeros cuarenta años, la enseñanza estuvo a cargo de los Padres jesuitas. Luego, “con el apoyo de la *Compañía de Jesús* y la anuencia del arzobispo de Buenos Aires, durante la década de los años cincuenta, y especialmente desde 1957, el clero de la Arquidiócesis fue asumiendo progresivamente la enseñanza y el gobierno de la Facultad hasta quedar a cargo de la misma en 1960”.

El segundo paso se dió el 16 de julio de 1960, cuando, por un decreto de la Santa Sede, la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, fundada dos años antes, fue reconocida como Pontificia, y la Facultad de Teología fue integrada en la Universidad como la primera de sus facultades. En 1964 el Claustro de profesores eligió, por primera vez, una terna de candidatos para el cargo de Decano (...) y concedido el *Nihil obstat* de la Santa Sede, el Gran Canciller Cardenal Antonio Caggiano nombró al Pbro. Dr. Lucio Gera como *primer Decano*. El 9 de marzo de 1965 –es decir hace hoy exactamente cincuenta años– Gera asumió la función y, en su discurso, destacó *el valor científico y pedagógico de los profesores y la dedicación al estudio por parte de los alumnos como “las fuerzas claves para estructurar internamente nuestra Facultad”*.

b- La recuperación del estatuto *científico* de la teología –a través de la erección de la Facultad– y la adquisición de un perfil *universitario* –a través de su inserción en la UCA– se articuló con otro rasgo decisivo para el feliz desarrollo de la Facultad de teología, a saber, una temprana conciencia de la *relación entre teología y santidad*. Como indica Galli, “en 1951 apareció el primer escrito del joven sacerdote Eduardo Pironio en una publicación teológica. El escrito de Pironio lleva por título *Teología y santidad* (...) sugiere que *los santos son los mayores teólogos y que los más grandes teólogos han sido reconocidos santos*. En plena mitad de la centuria pensaba que el siglo XX debía ser *un siglo de santos* y, por eso, *un siglo de teólogos*”.

c- En tercer lugar, otro de los elementos que configuran el estilo de nuestra Facultad es el hecho de la recepción que sus profesores hicieron del *Concilio Vaticano II*. La vida de la Facultad se ha ido renovando según las orientaciones del Concilio. Dice Galli que “nuestra Facultad, que fue una de las primeras en dedicar dos comentarios a *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, hizo un intenso trabajo de reflexión sobre sí misma a la luz de las orientaciones conciliares y posconciliares, que ha quedado reflejado en las sucesivas versiones de sus Estatutos y en la renovación periódica de sus planes de estudio.” El testimonio de Carmelo Giaquinta, que fue decano de la Facultad, y que Galli recoge en su discurso, es elocuente. Afirma que, después del Concilio, “la importancia de la noción *Pueblo de Dios* se hizo muy aguda en el ambiente de la Facultad”. Reconoce que, “con el grupo de profesores que venía de fines de los cincuenta y con otros que se fueron incorporando, tratamos de llevar adelante los ciclos y cursos *asumiendo el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II*”.⁴

Dejo aquí el texto de Carlos Galli, que podrán leer en su totalidad, reteniendo los tres elementos que, siendo fundacionales, contribuyeron a plasmar el “estilo integrador” que caracteriza a nuestra Facultad: a) el nivel y la seriedad científico-universitaria de su actividad académica, b) la relación entre teología y santidad, que señala el ideal de vida cristiana que anima nuestros estudios, y c) la recepción

4. *La Facultad de Teología ‘Inmaculada Concepción’: I. 1945-1960: De la restauración de la Facultad a la entrega al Clero; II. 1959-1968: Una Facultad de Teología para el Pueblo de Dios; III. 1969-1979: Una Facultad en tiempos críticos.*

del espíritu y la letra del Concilio Vaticano II en nuestros estatutos y planes de estudio. A este último aspecto me quiero referir ahora de manera especial.

2. El Concilio Vaticano II y estilo de Pablo VI

2.1 Concilio Vaticano II

Acabamos de evocar, a través del testimonio de Carmelo Giacinta, la recepción del espíritu y la letra del Concilio por parte de numerosos profesores, con la consiguiente impronta sobre el estilo de la Facultad. Ese testimonio podría multiplicarse. Afortunadamente tenemos la posibilidad de valorar el impacto que el Concilio tuvo sobre la teología en esta Facultad a través de libros y de artículos que nuestros profesores publicaron en la revista Teología. Ahora prefiero subrayar unos pocos aspectos esenciales como para mostrar, especialmente a los más jóvenes, la novedad vivificante que significó el Vaticano II para la teología, no sólo acá en nuestra Facultad, sino de manera universal.

Ante todo, como afirma Lafont, “creo firmemente que el fruto del Vaticano II, después de una larga historia, es finalmente el de *hacer prevalecer el tema del amor en la interpretación y la práctica del pensamiento y de la vida cristianas*. Dios es Amor y debemos amarnos los unos a los otros, en la luz de este Amor que nos ha comunicado Jesucristo. Por cierto lo sabíamos desde el principio, pero gracias al Vaticano II, hoy lo sabemos mejor”.⁵ Retomaré más adelante esta idea de Lafont.

Junto a este primado del *agape*, conviene destacar la renovada consideración del *carácter histórico* de la revelación divina. Puede decirse que todo lo demás brotó a partir de esta novedad. Ese fue el gran mérito de *Dei Verbum*: “El primer impacto del Concilio, señala Claude Geffré O.P., fue lo concerniente a la cuestión de la revelación. *Dei Verbum* fue un gran texto que renovó nuestra teología fundamen-

5. G. LAFONT, *L'Église en travail de réforme*, Paris, Cerf, 2011, 17.

tal (...) Significaba el fin de la apologética racional y la certeza de que la teología fundamental era parte integrante de la teología. Se comprendió mejor que no se podía optar por una tal teología fundamental sin tener otra concepción de la revelación, es decir, una revelación que no sería ya simplemente un corpus doctrinal sino *la comunicación de Dios en la historia* (...) Podría decirse que la *historicidad* y la *experiencia* son dos valores fundamentales que han sido confirmados por el Concilio Vaticano II en la experiencia de lo que es la teología”.⁶

Como último ejemplo elijo a *Gaudium et Spes*, para señalar el cambio de actitud de la Iglesia hacia el mundo, con la consecuencia que ese giro copernicano tuvo para la teología. Santiago Madrigal nos dice que la Constitución *Gaudium et Spes* es “la clave hermenéutica del Concilio”.⁷ Según este autor, con este documento se introduce “un nuevo modo de hacer teología, según el cual los “signos de los tiempos” se transforman en lugares teológicos, y los problemas más concretos y contingentes del mundo moderno entran a formar parte de su agenda y su reflexión”.⁸ Por otra parte, según el mismo teólogo, en los tres primeros capítulos de la Constitución “se encuentra condensado el llamado «giro antropológico» de la teología”, es decir, “una cristología conciliar que es una antropología cristocéntrica...”⁹

Para Geffré, “lo que ha significado esta Constitución es la idea de que la Iglesia debe también estar *a la escucha del mundo*. Ella es siempre *Mater et magistra*, es siempre Iglesia docente, guardiana de un depósito que es el depósito de la fe, pero al mismo tiempo ella debe estar a la escucha de lo que germina en la conciencia humana. Y pienso que el Concilio nos ha enseñado que no podíamos oponer la Palabra de Dios consignada en el corpus de las Escrituras a la palabra de Dios que se busca, que se murmura, bajo la forma de un llamado de la conciencia humana...”¹⁰

6. http://www.formations06.catholique.fr/sites/formations06.catholique.fr/IMG/pdf/pdf_claude_geffre.pdf, 3.

7. S. MADRIGAL S.I., “Rileggere la «Gaudium et Spes». Una Chiesa per il mondo”, en: *La Civiltà Cattolica* 3945 (2014) 242.

8. *Ibid.*, 241.

9. *Ibid.*, 236.

10. http://www.formations06.catholique.fr/sites/formations06.catholique.fr/IMG/pdf/pdf_claude_geffre.pdf, 4.

Esta breve mención de dos documentos centrales del Vaticano II señala algunas de las consecuencias que éste tuvo para la teología y que, a través del esforzado trabajo reflexivo, orante y comunitario de nuestros profesores fundadores, contribuyeron a perfilar el “estilo integrador” de esta Facultad. Muchos de nosotros, como alumnos, tuvimos el privilegio de conocer a esos profesores que asimilaron el espíritu y la letra del Concilio. Algunos de ellos participaron activamente en la recepción del Vaticano II que realizaron las Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano, a partir de Medellín, cuyos respectivos documentos, asimilados y comentados doctrinal y pastoralmente, son también constitutivos de nuestro estilo teológico.

2.2 *El estilo de Pablo VI*

Cuando se habla del “estilo” de Pablo VI¹¹ no se hace referencia solamente –señala Michael Gallagher S.J.– a su estilo literario, ya de por sí notable por su espíritu de conversación, una “poética del diálogo”,¹² como si siempre estuviese en presencia de un interlocutor, sino a una actitud fundamental, a su “sensibilidad cultural”, a su interpretación del mundo moderno: “estaba muy atento a las complejas corrientes de la modernidad del mundo que lo rodeaba, particularmente en el campo del arte, de la literatura y del pensamiento, y junto a esta lúcida atención, tenía una extraordinaria comprensión también hacia aquellas tendencias que no podía aceptar plenamente (...) quería escuchar y comprender, antes que juzgar. Esta es una clave de lectura para su estilo: indica su particular capacidad para escuchar la historia, para escuchar a una gran variedad de personas, y por lo tanto su apertura cultural”.¹³ En síntesis, el estilo personal de Pablo VI “fue un estilo de apertura y de diálogo, de una lectura perspicaz pero positiva de la situación moderna, y sobre todo, de esperanza en que el Concilio (...) lograrse crear lenguajes pastorales nuevos y eficaces para la fe actual.”

11. Para el desarrollo de este tema recurro al artículo de Michael Paul Gallagher S.J., “Lo stile di Paolo VI e lo stile del Vaticano II”, *La Civiltà cattolica* 3943 (2014) 3-18.

12. *Ibid.*, 9.

13. *Ibid.*, 5.

Sin desconocer ni negar la importancia del Magisterio de Juan Pablo II o de Benedicto XVI, no dudaría en afirmar que ha sido Pablo VI quien más ha influido en el estilo de la Facultad que actualmente somos. Sin *Ecclesiam suam* o *Evangelii nuntiandi* no seríamos quienes somos hoy, teológicamente hablando. ¿Cómo no reconocer su inspiración –directa e indirecta, a través del Vaticano II– en el estilo testimonial y evangelizador que anima a nuestra Facultad y que, a la vez, señala un ideal a alcanzar siempre con mayor perfección?

2.3 Hoy: la palabra de Francisco

Al abordar esta cuestión, cambia nuestra perspectiva temporal: entramos en el presente de nuestra Facultad, de su estilo. Arraigadas en la actualidad del Evangelio –“el Vaticano II ha sido una relectura del Evangelio a la luz de la cultura contemporánea”, dirá Francisco a Spadaro en una conocida entrevista¹⁴ las ideas de Francisco acerca de la teología son todavía demasiado recientes como para percibir lo que ellas pueden agregar a nuestro estilo integrador. Pienso, personalmente, que ellas son un llamado a tener en cuenta ciertas *actitudes* en función de hacer de la teología una expresión auténtica de la vida eclesial.

A partir del gran marco de referencia de *Evangelii gaudium*, y examinando los pasajes de sus discursos y homilías, se perciben dos o tres temas recurrentes, ideas fuertes que permiten captar los acentos que Francisco pone en la cuestión de la teología. ¿Cuáles son? Intentaré señalarlos.

Ante todo cabe subrayar, como primera idea, que *no toda teología es, para el Papa, auténtica teología*. No es auténtica la teología “de escritorio” (EG 133), “de laboratorio”; ni tampoco la teología de quien “no reza y no adora a Dios [y] termina hundido en el más desagradable narcisismo... [que] es una enfermedad eclesiástica”; no es tampoco auténtica la teología de quien “se complace en su pensamiento completo y acabado”, como tampoco la teología de quien, careciendo de una “actitud de humanidad”, es incapaz de percibir “la bondad

14. A. SPADARO, “Entrevista a Papa Francisco”, *La Civiltà Cattolica* 3918 (2013) 467.

y la belleza de pertenecer a una familia de trabajo”;¹⁵ tampoco es auténtica la teología de quien “no tiene el Espíritu de Dios”.¹⁶

¿Cuáles son entonces los rasgos de una auténtica teología, según Francisco? Fundamentalmente creo que son tres. El primero lo expresa en *EG* 133. Se trata de la relación entre teología y evangelización: “Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia”.

El segundo rasgo de la auténtica teología lo expresa Francisco a través de la fórmula balthasariana: “hacer *teología de rodillas*”; el tercero tiene que ver con la *Virgen María*, en quien ve la realización de la más pura y auténtica teología. Consideremos un poco más detenidamente estos dos últimos aspectos del “estilo” que Francisco quiere imprimir no tanto en los contenidos de la teología, sino en la *actitud* de los teólogos y teólogas. Prioridad de la *fides qua*, que se percibe al recorrer los textos.

Hacer teología de rodillas. La expresión, como sabemos, proviene de un texto de Von Balthasar que se intitula “Teología y santidad”, como el artículo de Pironio al que me referí anteriormente. Hacer teología de rodillas es, a mi juicio, algo más que rezar para *luego* pensar la teología: se trata de la reciprocidad dinámica entre pensar y rezar, es *pensar rezando y rezar pensando*; es a la vez una piedad o santidad del pensamiento y una lucidez orante; es, por encima de todo, una *humildad* que nos permite poner nuestro corazón en sintonía afectiva, cordial, gozosa con el *maius* inagotable del corazón del Padre, manifestado en Jesucristo y comunicado por el Espíritu; es sabernos gozosamente *pequeños* ante el exceso del Dios de Jesucristo, gozosos porque esa bendita humildad nos permite intuirlo siempre más grande, siempre más amable, siempre más admirable, siempre más bello y verdadero. “Hacer teología de rodillas” es una manera de vivir, es una manera de ser, en la cual la relación entre razón y fe es íntima y dinámica compenetración, y no mera yuxtaposición entre lo accesible y lo inaccesible a la razón natural. A eso se refirió Benedicto XVI en un discurso en el que hace referencia a la “teología de rodillas”. Escuchémoslo:

15. Todas estas citas son del Discurso en la Universidad Gregoriana, 10 de abril de 2014.

16. Homilía en Santa Marta, 2 diciembre 2014.

“Dios no es jamás simplemente el *objeto* de la teología; al mismo tiempo, también es siempre su *sujeto vivo* (...) En su anhelo de obtener el reconocimiento de un riguroso carácter científico en el sentido moderno, la teología puede perder el aliento de la fe. Pero así como una liturgia que olvida dirigir la mirada a Dios es, como tal, casi insignificante, de igual modo *una teología que ya no está animada por la fe, deja de ser teología*; acaba por reducirse a una serie de disciplinas más o menos relacionadas entre sí. En cambio, donde se practica una “teología de rodillas”, como pedía Hans Urs von Balthasar,¹⁷ no faltará la fecundidad para la Iglesia...”¹⁸

En cuanto a la *dimensión mariana* de la teología, las dos menciones más importantes están ubicadas nada menos que en sendos discursos a los miembros de la Comisión Teológica Internacional. En el primero de ellos, del 6 de diciembre de 2013, el paradigma mariano señala, a mi entender, lo que para Francisco constituye el órgano esencial de la teología: el *corazón*, inseparable de la humildad orante, recién evocada. Es en el corazón donde madura la teología como *sabiduría*: “en la escuela de la Virgen María, que «conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2,19), el teólogo busca iluminar la unidad del designio de amor de Dios y se compromete a mostrar cómo la verdad de la fe forma una unidad orgánica, armoniosamente articulada”, afirma Francisco. En el segundo discurso, del 5 de diciembre de 2014, Francisco evoca a la Virgen como “*maestra de la auténtica teología*”. La idea anterior, de la teología como sabiduría, se enriquece con aspectos muy específicos del arquetipo mariano, a saber: escucha, contemplación, cercanía a los problemas de la Iglesia y de la gente, docilidad a la acción del Espíritu y, agrega Francisco, “todos los recursos de su genio femenino”. No nos extraña entonces que, en este discurso, Francisco haya destacado la importancia de la mujer en el campo de la teología: “en virtud de su genio femenino, las teólogas pueden mostrar, en beneficio de todos, ciertos aspectos inexplorados del insondable misterio de Cristo, «en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col 2, 3). Os invito, pues,

17. H. U. VON BALTHASAR, *Theologie und Heiligkeit, Aufsatz von 1948*, en: *Verbum Caro. Schriften zur Theologie I*, Einsiedeln, 1960, 195-224.

18. Discurso a los monjes cistercienses de la Abadía de Heiligenkreuz, 9 de septiembre de 2007 (la cursiva es nuestra).

a sacar el mayor provecho de esta aportación específica de las mujeres a la inteligencia de la fe”.

¿Qué podemos atesorar para nuestra Facultad de las advertencias e indicaciones de Francisco? Si las primeras son un llamado a la conciencia de cada uno de nosotros para que estemos atentos a posibles distorsiones –por cierto graves– en nuestra vocación teológica, las indicaciones acerca de la auténtica teología son una invitación a articular cada vez mejor la teología con una vida cristiana sincera y profunda, con la santidad. Es decir que tanto unas como otras nos pueden ayudar a seguir madurando nuestro estilo integrador. Y en cuanto al “genio femenino”, hace ya tiempo que nuestra Facultad se ve beneficiada por la presencia de teólogas –y también de filósofas y humanistas– que están plenamente incorporadas a ella y son parte esencial de su estilo integrador.

2.4 *Una reflexión personal acerca del centenario de nuestra Facultad*

A la luz de todo lo expuesto hasta aquí, resulta claro que celebrar los cien años de la Facultad es algo más que conmemorar el centenario de una mera institución académica, universitaria. *Lo que está en juego* en esta casa de estudios invita a ir más allá de la simple evocación de una fecha que señala el tiempo transcurrido desde su fundación; *lo que está en juego* en ella hace estallar incluso la idea común de “facultad”. ¿Es una facultad? Sí. ¿Cumple cien años? Sí. Pero *lo que está en juego* en ella nos introduce en una paradoja, que puede formularse así: *celebrar su historia centenaria nos impulsa a redescubrir su dimensión trans-histórica*, porque lo temporal y lo eterno son dos dimensiones inseparables *del acto de fe cristiano*: creemos en *Jesús*, confesado como *Hijo de Dios*.¹⁹ Dicho de otro modo: vista con los ojos de la fe, la línea *histórica* horizontal, que simboliza los cien años cronológicos, está entramada con la irrupción *trans-histórica* vertical del misterio de Dios. “El tiempo de la fe no es el *chronos*, que corresponde a la pura razón (*noós-noûs*), sino más bien el *kairós*, el de la visitación (el *logos* del prólogo de san Juan)... Fiel al Logos divino, la

19. Cf. Y. SIMOENS S.I., “La rivalutazione storica del quarto Vangelo”, *La Civiltà Cattolica* 3941 (2014) 360.

teología no será nunca, no lo es, encierro, sino apertura. En ella hay una racionalidad de trasgresión de lo simplemente real-fáctico”.²⁰

El misterio de Dios, en esta Facultad, no es sólo el mero Objeto de un saber humano, porque “la teología cristiana –señalaba Benedicto XVI– no es jamás solamente un discurso humano sobre Dios, sino que al mismo tiempo es siempre el Logos y la lógica en la que Dios se revela”. Si así no fuese, no tendría sentido “hacer teología de rodillas”. Por lo tanto, aquí aprendemos, celebramos y anunciamos que todo es más de lo que parece ser, que *todo es icónico*, y lo es *dinámicamente, como acontecimiento*: lo invisible acontece *en* lo visible, lo eterno *en* lo temporal, el todo *en* el fragmento, lo divino *en* lo humano. *Eso*, la unión vital de estas dos dimensiones, es *lo que está en juego* en nuestra Facultad, en *toda* nuestra Facultad: en sus aulas, en las clases y cursos que allí se dictan, en la comunidad académica, en la comunidad de alumnos, en la comunidad administrativa, en las reuniones de consejo, en las tareas tutoriales, en nuestros almuerzos y festejos. En todo se trata, siempre, del *encuentro vivo, dinámico, entre lo humano y lo humano-más-que-humano*. Si no fuese así, estaríamos celebrando los cien años de una institución más, como tantas otras.

En la *lectio* del año pasado contemplé a nuestra Facultad de Teología a la luz de la imagen empleada por Francisco al hablar de la Iglesia como un “hospital de campaña”. Mi conclusión consistió, sintéticamente, en afirmar que, si la Facultad forma parte de ese hospital de campaña, cuya misión es curar heridas, la *Misericordia divina* podía y debía ocupar un lugar más que central en nuestra inteligencia y enseñanza del misterio del Dios de la Alianza, en este momento concreto de la historia. Me pregunté entonces cómo se refractaría esa centralidad de la Misericordia en las diversas disciplinas que constituyen nuestro plan de estudios.

Creo que los aspectos señalados por el Papa –finalidad evangelizadora, hacer teología de rodillas, la dimensión mariana de la teología– permiten ahondar y reformular esa propuesta. Lo hago usando las palabras de Francisco cuando dice, como acabamos de escuchar, que existen “ciertos *aspectos inexplorados* del insondable misterio de Cristo”. A

20. A. GESCHÉ, *La paradoja de la fe*, Salamanca, Sígueme, 2013, 89.

partir de esta idea me pregunto: ¿cómo se articulan, en nuestra teología, lo que ya conocemos acerca de Dios y esos “aspectos inexplorados del misterio”, es decir, lo que todavía no conocemos? Se trata siempre del mismo y único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero ese Dios nos excede siempre en el misterio de su amor insondable e inagotable. Nos excede en sí mismo, nos excede en su Revelación, en su presencia en el ser humano, en la historia, en la Iglesia. Nos excede por todas partes, a tal punto que, como señala santo Tomás, “no sabemos en qué consiste Dios” (“*nos non scimus de Deo quid est*”, I^a, q.2, a.1). ¿Significa esto que no sabemos *nada* acerca de Él? De ninguna manera: aunque sean desproporcionados y provisorios, nuestros conocimientos, basados en la Revelación y la Tradición, son válidos y suficientes como para justificar la existencia de una Facultad de Teología, de las disciplinas que se abordan en ella, conocimientos suficientes y válidos como para estructurar los programas de nuestras materias y hablar de Dios en nuestros cursos. Momento de la *afirmación*, imprescindible y necesario en nuestra Facultad. Necesario, sí, pero no suficiente. ¿Por qué?

Precisamente porque existen “aspectos inexplorados del insondable misterio de Cristo”. El Dios que Él nos revela es el Dios siempre mayor en su insondable Humildad, el Dios que nos pide tener un pensamiento humilde, abierto, inacabado, para permitir que Él purifique de toda tentación de idolatría lo que ya sabemos acerca de Él. Nuestro conocer a Dios incluye necesariamente –para ser “auténtica teología”– un “no saber” acerca de Dios que es algo más que una teología *negativa*: se trata de *un no saber que es parte intrínseca de nuestro saber, y que lo constituye propiamente en saber teológico*, un no-saber que es la señal de un exceso inaferrable, un estar sabiendo-sin-saber a Dios, más allá de todo saber; un conocer “que supera todo conocimiento” (Ef 3,19), y que, finalmente, trae consigo el *gusto* inconfundible e inefable de la *eminencia*. Allí desaparece toda pretensión de encerrar a Dios en nuestro conocimiento, en nuestro discurso: en el momento de eminencia nuestras palabras mueren y resucitan, son recibidas, acogidas y desbordadas, sin ser anuladas, por un afectuoso rumor²¹ silencioso que viene de otro lado, no de nosotros, pero que colma sorpresivamente, más allá de todo lo esperable.

21. *Ibid.*, 62, 81, 88, 89.

Los “aspectos inexplorados del insondable misterio de Cristo” no son solamente *contenidos* que aún no conocemos, sino tal vez, y ante todo, una *manera* nueva y aún no suficientemente explorada de articular el no-saber y el saber, y que tiene que ver con nuestra *actitud* ante el Misterio, una actitud que es lo contrario de aquella tentación idolátrica, siempre actual, que pretende reducir lo no-sabido de Dios a lo ya-sabido acerca de Él. Se trata de la actitud inversa: puestos “de rodillas”, y tal vez gritando como Jesús en la Cruz, dejar que lo sabido acerca de Dios “nos abandone” (cf. Mt 27,46) y “pase” –en pascua confiada y tal vez también temblorosa– a través de lo no-sabido, muchas veces desconcertante y extraño, que irrumpe y nos encuentra –como les sucedió a Pedro, a Juan, a Pablo, y eminentemente, “al iniciador y consumidor de nuestra fe, a Jesús” (Heb 12,2). Es el dinamismo de la fe: salir, como Abraham, de lo ya conocido, y caminar hacia lo invisible prometido (cf. Heb 11). En esta actitud, que es la del mismo Jesús, lo ya sabido no resulta destruido, sino que, al pasar por la muerte de lo no-sabido, paradójicamente se abre, respira, canta, se transfigura, resucita, y de ese modo florece como *mejor saber*, aunque de diversa naturaleza. Porque ahora, y como fruto de esa pascua, reconoce lo visible aconteciendo *en* lo invisible, lo temporal *en* lo eterno, el fragmento *en* el todo, lo humano *en* lo divino.

Esa gozosa experiencia de “saber-no sabiendo y no-saber sabiendo” propia del momento de eminencia no nos aleja de la realidad concreta, más bien, por el contrario, nos sumerge en ella, puesto que la eminencia del conocimiento *se identifica* con la eminencia del amor, con un dejarnos sorprender por Dios allí donde Él prometió hacerse presente, *en la relación con el otro, con los otros*: “donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18, 20). “Reunidos en Su Nombre”: podría ser una hermosa manera de comprender y celebrar el centenario de nuestra Facultad. Reunirse en Su Nombre significa *una cualidad de la actitud* que tenemos unos hacia otros, la que se da cuando esa relación está libre de todo residuo de violencia, de egolatría, de narcisismo, de mundanidad, para hacerse puro *agape*, hospitalidad, escucha, donación, respeto, ternura, aprecio, transparencia, amistad. Entonces, “Yo estoy presente en medio de ellos”. Y no es necesario “agregar” a Dios –al Dios ya sabido– a esa reunión de amigos; *porque es en ella que Dios* –el que supe-

ra todo conocimiento— *se manifiesta*. Así lo enseña el apóstol Juan: “nadie ha visto nunca a Dios; si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros” (1Jn 4,12). Y lo hace como una cualidad, como un “no sé qué” inaferrable, inefable y gozoso, que se experimenta en el amor fraterno más concreto y en la palabra vivificante —la que se dice aquí pero que “viene de otro lado”— que brota de esa relación, cuando se la vive de manera radical, es decir, como *agape en acto*.

De aquí se siguen una posibilidad y una responsabilidad. La *posibilidad* es evidente: se trata de enriquecer la teología de la Facultad de teología integrando en su estilo un renovado impulso por amarnos, ya que en ese amor mutuo, que es puro don jubiloso y pascual, se manifiesta Dios y renacemos nosotros, renovados. Se intensifica así la presencia en y entre nosotros de Aquel cuyo nombre es Amor, y que es el único que le da sentido a nuestra Facultad. *Aprender teología, aprender a conocer a Dios, es aprender a amar, porque Dios es Amor*, y, como nos recordaba Luis Rivas en su ponencia sobre el conocimiento de Dios en el Evangelio de San Juan: “para hablar de la *relación* entre Jesús y el Padre aparecen utilizados en paralelo los verbos conocer y amar (...) Esa misma *relación* de conocimiento y amor se da ahora entre Jesús y los discípulos”.²² En cuanto a la *responsabilidad*, ella también es evidente: si el sentido de nuestra presencia aquí es el amor, todo lo que atente contra ese amor vivido dificultará o impedirá la gozosa manifestación de Dios y favorecerá el consiguiente empobrecimiento de nuestra vida académica, colaborando al surgimiento de aquella que, según Francisco, no es auténtica teología. Responsabilidad, también, hacia la Universidad de la que somos parte: la de irradiar y testimoniar en ella esta experiencia y esta lucidez del *agape*. Y responsabilidad evangelizadora, como parte de la Iglesia “hospital de campaña”. ¿De qué manera?

He citado más de una vez en estos años la frase de Carmelo Giacinta cuando fue decano: “En un mundo que camina hacia la irracionalidad, la misión de la Iglesia consistirá en enseñarle al hombre a pensar”. Hoy modularía un poco esta afirmación, diciendo que, en un mundo que camina hacia la irracionalidad, la misión fundamental de la

22. RIVAS, Luis H., “El conocimiento de Dios en el Evangelio de San Juan”, *Teología* 114 (2014) 180.

Iglesia consistirá, además, en enseñarle al hombre a *amar*. En la Facultad de Teología es también *ése* nuestro aprendizaje continuo. Sólo así nuestra enseñanza podrá ser auténtica teología, una teología para este tiempo histórico que nos es dado vivir. Tal vez como nunca anteriormente se experimenta hoy la necesidad imperiosa del amor fraterno y de su lucidez teologal para asumir y transformar creativamente en vida los gigantescos riesgos de muerte que nos amenazan.

En el Discurso de apertura de la cuarta y última sesión del Concilio, el 10 de septiembre de 1965, Pablo VI afirmaba, con frases admirables y conmovedoras: [9] “Y no parece difícil dar a nuestro Concilio ecuménico el carácter de un acto de amor...[13] nuestro amor aquí ha tenido ya y tendrá expresiones que caracterizan este Concilio delante de la historia presente y futura. Tales expresiones responderán un día al hombre que se afane en definir la Iglesia en este momento culminante y crítico de su existencia. ¿Qué cosa hacía en aquel momento la Iglesia católica?, se preguntará. ¡Amaba!, será la respuesta... [16] La Iglesia, en este mundo, no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres; debe hacer presente a Cristo a todos, individuos y pueblos, del modo más amplio, más generoso posible; esta es su misión. Ella es portadora del amor, favorecedora de verdadera paz...”

Apliquemos estas palabras a nuestra Facultad, para que así, al celebrar su centenario, ella se renueve interiormente, consagrando sus mejores energías a la experiencia y la transmisión de ese Amor, el sólo digno de fe y que es nuestra única esperanza.

Muchas gracias por su atención.

FERNANDO ORTEGA
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA – UCA
2.1.2015 / 27.2.2015